

32. En el año de 1895 recibí la gracia de comprender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios, para desviar sobre sí mismas los castigos que reserva a los pecadores, juzgué esta ofrenda grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla.

Así, en lo íntimo de mi corazón, exclamé: «¡Oh, mi divino Maestro! ¿Sólo vuestra justicia recibirá hostias de holocausto? ¿Vuestro *amor misericordioso* no las necesita también? En todas partes es desconocido, desechado... Los corazones a quienes deseáis prodigarlo, se vuelven a las criaturas pidiéndoles la felicidad de un miserable y efímero cariño, en vez de echarse en vuestros brazos y aceptar la deliciosa hoguera de vuestro amor infinito.

«¡Oh, Dios mío! Este vuestro amor despreciado ¿permanecerá encerrado en vuestro corazón? Si encontrárais almas que se ofrecieran como *víctimas de holocausto a vuestro amor*, me parece que las consumiríais rápidamente y os alegraríais de dilatar las llamas de infinita ternura que encierra vuestro pecho»

«Si a vuestra justicia, que sólo se extiende sobre la tierra, le place descargarse, ¡cuánto más vuestro amor misericordioso desea abrasar a las almas, puesto que *vuestra misericordia se eleva hasta los cielos!* ¡Oh, Jesús, sea yo esta dichosa víctima, consumid vuestra pequeña hostia en el fuego del divino amor!»

33. Madre mía, V. R. que me permitió ofrecermé así a Dios, sabe muy bien las llamas, o por mejor decir, los mares de gracias que inundaron mi alma inmediatamente después de mi donación del 9 de junio de 1895. Desde aquel día, el amor me cerca y me penetra; a cada instante me renueva y purifica este *amor misericordioso*, no dejando en mi corazón la menor señal de pecado. No, no puedo temer al Purgatorio; sé que no merecería siquiera entrar con las almas sanas en este lugar de expiación; pero

sé también que el fuego del amor santifica más que el purgatorio; sé que Jesús no quiere que suframos inútilmente, y no me inspiraría los deseos que experimento si no estuviera dispuesto a colmarlos.

.....

34. He aquí, querida Madre mía, cuanto puedo decir de la vida de su Teresita. V. R. conoce mejor, por sí misma lo que ella es y lo que por ella ha hecho Jesús; así me perdonará V. R. haber abreviado mucho la historia de su vida religiosa.

¿Cómo terminará es «Historia de una florecilla blanca?...

Tal vez cogerán tierna la florecilla o bien la trasplantarán a otras orillas... Lo ignoro; pero tengo la certidumbre de que la misericordia de Dios la acompañará constantemente, y nunca dejará ella de bendecir a la Madre que le entregó a Jesús.

Se regocijará eternamente de ser una de las flores de su corona, y cantará, eternamente también con esa querida Madre, el cántico siempre nuevo del amor y del reconocimiento.

CAPITULO IX

EL ASCENSOR DIVINO.-PRIMERAS INVITACIONES A
LOS ETERNOS GOCES.-NOCHE OSCURA
LA MESA DE LOS PECADORES.-COMO ESTE ANGEL
DE LA TIERRA ENTIENDE LA CARIDAD FRATERNAL
UNA GRAN VICTORIA.-UN SOLDADO DESERTOR

1. Madre venerada: habiéndome manifestado el deseo de que termine de cantar con V. R. las misericordias del Señor, no quiero razonar; pero no puedo menos de reírme al tomar nuevamente la pluma para referir lo que sabe tan bien como yo. En fin, obedezco; no quiero indagar de qué utilidad pueda ser este manuscrito; confieso, Madre mía, que si lo quemara a mi vista, aun antes de haberlo leído, no experimentaría ningún pesar.

* * *

2. Cree generalmente la Comunidad que me ha prodigado V. R. toda clase de mimos desde mi entrada en el Carmen; pero *el hombre no ve más que las apariencias, sólo Dios lee en el fondo de los corazones.*

¡Oh, Madre mía, le doy las gracias por haberme tratado sin miramientos! Sabía Jesús que su florecilla necesitaba el agua vivificadora de la humillación; que sin ella, débil como era, no arraigaría jamás, y a V. R. debo este inestimable favor.

3. Hace algunos meses que el divino Maestro ha cambiado completamente su método para hacer que crezca

su florecilla; estimando sin duda que está bastante regada, la deja crecer ahora bajo los bienhechores rayos de un sol resplandeciente. No quiere ya para ella sino la sonrisa de dicho sol, la cual, venerada Madre mía, le concede también por su mediación. Este dulcísimo Sol, en vez de marchitar la florecilla, la hace crecer prodigiosamente. En el fondo de su cáliz conserva las preciosas gotas de rocío que recibió antes; estas gotas le recordarán siempre que es pequeña y débil, y aunque todas las criaturas se inclinan hacia ella, admirándola y colmándola de alabanzas no añadirán jamás un átomo de vanagloria al verdadero goce que saborea en su corazón, viéndose a los ojos de Dios una pobrecita más, y no más.

Al decir que todas las alabanzas me dejarían insensible, no quiero hablar, Madre mía, del amor y de la confianza que me demuestra; le estoy, al contrario, muy agradecida, pero veo que nada tengo que temer, que puedo disfrutar de ello ahora a mis anchas, refiriendo al Señor lo bueno que ha querido poner en mí. Si le place hacerme parecer mejor de lo que soy, es cosa que no me incumbe; es muy libre de hacer lo que quiera.

4. ¡Dios mío, qué diferentes son los caminos por los cuales conducís a las almas! Vemos en la vida de los santos que muchos no han dejado después de su muerte el más pequeño recuerdo, ni el menor escrito. En cambio, hay otros, como nuestra Madre Santa Teresa, que enriquecieron la Iglesia con su doctrina sublime, no temiendo *revelar los secretos del Rey* para que fuera mejor conocido y amado de las almas. ¿Cuál de estas dos maneras prefiere el Señor? Me parece que ambas le son igualmente agradables.

Todos los predilectos de Dios han seguido la inspiración del Espíritu Santo, que hizo escribir al profeta: *Decid al justo que todo está bien*. Sí, todo está bien cuando sólo se preocupa que triunfe la voluntad divina; por eso yo, pobre florecilla, obedezco a Jesús, tratando de com-

placer a la que hace para mí sus veces en la tierra.

* * *

5. Sabe V. R., Madre mía, que mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; mas, por desgracia, cuantas veces me he comparado a los santos, he comprobado que existe entre ellos y yo la misma diferencia que notamos entre una montaña cuya cumbre se pierde en las nubes y el humilde grano de arena pisoteado por los caminantes.

Mas en vez de desalentarme, me digo que es imposible que Dios inspire deseos irrealizables, y que, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Me es imposible engrandecerme; debo soportar tal como soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar el modo de ir al cielo por un caminito bien recto, bien corto, un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora ya no se necesita subir los peldaños de una escalera; un ascensor los reemplaza ventajosamente en la casa de los ricos. También yo quisiera encontrar un *ascensor* para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección.

6. He buscado, pues, indicaciones en los Libros Santos para hallar este *ascensor*, objeto de mis deseos, y he dado con estas palabras, salidas de la misma boca de la Sabiduría eterna: «Si alguien es *muy pequeño, que venga a mí*». Me acerqué, pues, a Dios y adiviné que había encontrado lo que buscaba; mas deseando saber todavía lo que haría con el *pequeñuelo*, he proseguido mis investigaciones y he aquí lo que he hallado: *Así como una madre acaricia a su hijo, te consolaré, te recostaré en mi seno, y te meceré en mi regazo.*

¡Ah, jamás se regocijó mi alma con palabras más tiernas, más melodiosas que éstas!

Vuestros brazos, oh Jesús mío, son el *ascensor* que ha de elevarme hasta el cielo. Para esto no necesito crecer

sino al contrario, quedar pequeña, achicarme cada vez más. ¡Oh, Dios mío, habéis superado cuanto podía yo esperar; por eso quiero cantar vuestras misericordias! *Me habéis instruido desde mi juventud, y hasta el presente he publicado vuestra maravillas; seguiré haciéndolo hasta mi edad proveccta.*

¿Cuál será para mí esta edad proveccta? Considero que lo mismo puede ser ahora como más tarde; a los ojos del Señor, dos mil años son lo mismo que veinte... lo propio que un día.

Mas no crea V. R., Madre mía, que su hija desea dejarla, estimando como gracia mayor morir en la aurora que en el ocaso del día; lo que estima, lo que únicamente desea es agradar a Jesús. Ahora que parece acercársela y atraerla a la manción de la gloria, se regocija su corazón; sabe, comprende que Dios no necesita de nadie, y mucho menos de ella, para esparcir sus dones por la tierra.

* * *

7. Entretanto, mi venerada madre, sé cuál es su voluntad: desea V. R. que desempeñe a su lado un oficio muy dulce y muy fácil; mas este encargo lo terminaré desde lo alto del cielo. Mas ha dicho V. R., como Jesús a San Pedro: «Apacienta mis corderos». Pero, al verme tan pequeña, me ha asustado la empresa por lo que la he suplicado que V. R. misma haga pacer sus corderitos, y me cuente por favor entre ellos.

Accediendo un tanto a mi justo deseo, me ha nombrado, más bien que maestra de ellas, su primera compañera, ordenándome, con todo, que las conduzca a los más fértiles y sombreados pastos, les indiqué las mejores y más fortificantes hierbas, y les señalé con cuidado las brillantes pero venenosas flores, a las cuales no deben jamás llegarse si no es para pisotearlas.

8. ¿Cómo no asustaron a V. R., Madre mía, mi juven-

tud y poca experiencia? ¿Cómo no teme que deje descarriar sus corderos? Al obrar de esta manera, quizá ha tenido presente que muchas veces se complace el Señor en otorgar la sabiduría a los más pequeños.

En la tierra son muy raras las personas que no miden el poder divino según sus limitadas ideas. El mundo admite que hay excepciones en todas las partes; sólo el Señor no tiene derecho a hacerlas! Sé que ha mucho tiempo que se practica entre los hombres el sistema de medir la experiencia por los años, pues el santo rey David cantaba al Señor en su adolescencia: *Soy joven y me desprecian. Sin embargo de ello, no vacila en decir el mismo salmo: Me he vuelto más prudente que los ancianos, porque he buscado vuestra voluntad. Vuestra palabra es la lámpara que alumbrá mis pasos. Estoy pronto a cumplir vuestras órdenes y nada me perturba.*

Ni siquiera le ha parecido imprudente decirme un día, Madre mía, que el divino Maestro iluminaba mi alma y me daba la experiencia de los años. Soy al presente demasiado pequeña para tener vanidad; soy también demasiado pequeña para componer hermosas frases que persuadan a los demás de que tengo mucha humildad; prefiero convenir sencillamente en que *el Todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas*; y la mayor parte de todas es la de haberme demostrado mi pequeñez, mi incapacidad para todo bien.

* * *

9. Mi alma ha conocido muchas clases de tribulaciones, he padecido mucho aquí en la tierra. En mi infancia sufrí con tristeza; pero hoy día saboreo estos frutos amargos en santa paz y alegría. Menester es que me conozca V. R. muy a fondo, Madre querida, para que no sonría al leer estas páginas. ¿Hay, en efecto, un alma menos probada, en apariencia que la mía? ¡Ah! si apareciera a las miradas humanas el martirio que sufro desde hace un año,

iqué extrañeza! Puesto que V. R. lo desea, intentaré describirlo; pero no hay palabras para explicar estas cosas, y, por mucho que haga, el relato será siempre muy inferior a la realidad.

10. En la Cuaresma pasada me sentía más fuerte que nunca. Aquel vigor, a pesar del ayuno que observaba en todo su rigor, se mantuvo perfectamente hasta Pascua; mas el día de Viernes Santo, a primera hora, me dio Jesús la esperanza de ir pronto a reunirme con El en su hermoso cielo. ¡Qué dulce recuerdo!

El jueves por la noche no pude lograr que me permitieran velar, hasta el amanecer, ante el Monumento; a eso de medianoche me retiré a nuestra celda. Apenas puse la cabeza en la almohada, sentí que me subía a los labios una oleada hirviente; creí llegada mi última hora, y mi corazón se partió de alegría. No obstante ello, como acababa de apagar la linternita, mortifiqué mi curiosidad hasta la mañana siguiente y me dormí con gran tranquilidad.

A las cinco, cuando me despertó la señal de levantarme, mi primer pensamiento fue que tenía que enterarme de fausta noticia; lo que averigüé luego ser cierto acercándome a la ventana y viendo nuestro pañuelo lleno de sangre. ¡Oh, Madre mía, qué esperanza! Estaba íntimamente convencida de que en aquel día, aniversario de su muerte, me hacía oír mi Amado un primer llamamiento, como dulce y lejano murmullo precursor de su feliz llegada.

11. Con gran fervor asistí a Prima, y luego al Capítulo. Ansiaba verme a los pies de mi Madre para confiarle mi felicidad. No sentía el menor cansancio, el menor sufrimiento, de modo que fácilmente obtuve permiso para terminar la Cuaresma como la había empezado, y aquel día de Viernes Santo compartí todas las austeridades del Carmen sin ninguna mitigación. ¡Ah, nunca me parecie-

ron tan deliciosas esas austeridades!... La esperanza de ir al cielo me enajenaba de gozo.

La noche de aquel dichoso día entré muy contenta en la celda e iba a dormirme tranquilamente, cuando, como la noche precedente, me dio mi buen Jesús la misma señal de mi próxima entrada en la vida eterna.

12. Tenía entonces una fe tan viva y clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad; no podía comprender que hubiera impíos sin fe, y me persuadía de que ciertamente hablaban en contra de su pensamiento al negar la existencia de otro mundo.

En los tan luminosos días del tiempo pascual me dio a entender Jesús que realmente hay algunas faltas de fe y esperanza, las cuales por el abuso de las gracias divinas, han perdido esos preciosos tesoros, fuente de los únicos goces puros y verdaderos. Permitted que invadieran mi alma las más densas tinieblas y que la idea del cielo, tan dulce para mí desde la más tierna edad, viniese a ser objeto de lucha y de tormento. El padecimiento de esta tribulación no se limitó a varios días o algunas semanas; hace ya meses que la sufro, y todavía aguardo la hora de verme libre de ella. Quisiera poder expresar lo que siente, pero no es posible. Se necesita haber pasado por ese tenebroso túnel para comprender su oscuridad. Esto no obstante, intentaré explicarla con una comparación:

Supongo que he nacido en un país envuelto en espesa niebla. Jamás he contemplado el sonriente aspecto de la naturaleza ni visto brillar un solo rayo de sol. Pero desde mi infancia, oigo hablar constantemente de esas maravillas, y sé que el país que habito no es mi patria, que hay otro hacia el cual debo aspirar incesantemente.

No es ésta una historia inventada por ningún habitante de las tinieblas, es verdad indiscutible, pues el Rey de la patria del sol luminoso y brillante, vino a vivir por espacio de treinta y tres años en el país de las tinieblas... Mas.

¡ay!, *las tinieblas no comprendieron que era la luz del mundo.*

13. Pero, Señor, ¡vuestra hija la ha comprendido vuestra luz divina! Ella os pide perdón para sus incrédulos hermanos, consiente en comer el pan del dolor todo el tiempo que gustéis; por amor vuestro se sienta a esa mesa llena de amargura, en donde se alimentan los pobres pecadores, y no quiere levantarse de ella hasta que le dé la señal vuestra mano. Pero, ¿no puede deciros en su nombre y en el de sus hermanos delinquentes: *Tened compasión de nosotros, Señor, que somos pobres pecadores?* ¡Despachadnos justificados! Veán al fin brillar la antorcha de la fe todos aquellos que no están por ellos iluminados! ¡Oh, Dios mío, si es preciso que la mesa que ellos mancharon la purifique un alma que os ame, quiero comer sola en ella el pan de las lágrimas, hasta que os plazca introducirme en vuestro reino luminoso; la única gracia que os pido es la de no ofenderos jamás!

* * *

14. Le estaba diciendo a V. R., Madre mía, que desde mi niñez me fue dada la certeza de que iría un día lejos de mi tenebroso país. Me inspiraba esta convicción, no solamente lo que oía decir, sino además las aspiraciones íntimas y profundas de mi corazón, las cuales me permitían presentir que otra tierra, otra región más luminosa, sería un día mi morada estable; no de otro modo el genio de Cristóbal Colón hacíale adivinar un nuevo mundo. Mas de repente penetran en mi alma las tinieblas que me rodeaban por fuera, envolviéndome de tal suerte, que ni siquiera puedo volver a encontrar en mí la imagen tan dulce de mi patria... ¡Todo ha desaparecido!...

Cuando quiero hacer descansar mi corazón, fatigado por las tinieblas que le rodean, con el fortificante recuerdo de una vida futura y eterna, acreciéntase mi tormento. Me parece que las tinieblas, pidiendo prestada su voz a

los impíos, se burlan de mí, diciéndome: «Sueñas en la luz, en una patria embalsamada de suaves perfumes; sueñas en la eterna posesión del Creador de estas maravillas; crees que saldrás un día de las tinieblas en que desfalleces; pues ¡adelante!... ¡adelante!... ¡Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que esperas, sino una noche todavía más oscura, la noche de la nada!...

* * *

15. Amadísima Madre: esta imagen de la prueba que me aflige es tan imperfecta como un esbozo comparado con su modelo; pero no quiero escribir más sobre el asunto, temería blasfemar... hasta tengo miedo de haber dicho demasiado. ¡Ah, Dios me perdone! El sabe muy bien que, aunque me falte el goce de la fe, me esfuerzo en practicar las obras. He hecho más actos de fe desde hace un año que durante toda mi vida.

A cada nueva ocasión de combate, cuando el enemigo me reta, me porto como valiente; sé que es de cobardes batirse en duelo, por lo cual vuelvo la espalda a mi adversario, sin mirarle jamás de frente; corro luego a mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar toda mi sangre para confesar que hay un cielo, que me considero feliz de no poder contemplar en la tierra con los ojos del alma ese hermoso cielo que me espera, a fin de que se digne abrirlo por toda la eternidad a los desgraciados incrédulos.

Así es que, a pesar de esta aflicción que me roba todo sentimiento de gozo, puedo exclamar aún: *Señor, me colmáis de alegría con todo lo que hacéis.* Pues ¿existe mayor alegría que la de sufrir por vuestro amor? Mientras más intenso es el dolor y menos se muestra a los ojos de las criaturas, tanto más os hace sonreír, ¡oh, Dios mío! Y si, por un imposible, debierais ignorarlo Vos mismo, también me consideraría feliz de sufrir, con la esperanza de que mis lágrimas pudieran impedir o reparar tal vez

una sola falta contra la fe.

16. Sin duda creará V. R., venerada Madre mía, que exagero un tanto la noche de mi alma. Si juzga por las poesías compuestas por mí este año, le parecerá que recibo grandes consuelos y que casi se ha rasgado ante mis ojos el velo de la fe. A pesar de ello, ya no es un velo, sino un muro que se levanta hasta los cielos y me oculta el firmamento estrellado.

Si canto la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, no es porque sienta goce alguno; canto sencillamente *lo que quiero creer*. Confieso que algunas veces ilumina mi alma un tenue rayo de sol; cesa entonces la prueba un instante, pero después, el recuerdo de este rayo, en vez de consolarme, hace más densas aún mis tinieblas.

¡Ah, nunca como ahora he sabido apreciar cuán dulce y misericordioso es el Señor! Me ha enviado esta pesada cruz en la ocasión en que podía llevarla; creo de veras que me hubiera desalentado antes. Ahora sólo me priva de todo sentimiento de natural satisfacción en mi aspiración a la patria celestial.

17. Paréceme, Madre mía, que nada me impide ahora de partir, pues no tengo ya grandes deseos, fuera del de amar hasta morir de amor... Soy libre, ningún miedo tengo, ni aun el que más temía; me refiero al miedo de estar mucho tiempo enferma, y, por consiguiente, ser una carga para la Comunidad. Si al Señor le place consiento gustosa en ver mi vida de padecimientos de cuerpo y de alma, alargarse años y años.

¡Oh!, no, no temo una larga vida, no rehuyo el combate: *El Señor es la roca en que estoy levantada; El educa mis manos para el combate y mis dedos para la guerra; es mi escudo, en El confío*. Nunca he pedido a Dios morir joven; verdad es que siempre he creído que así sería, pero nunca hice nada para lograrlo.

18. Muchas veces se contenta el Señor sólo con nuestros deseos de trabajar para su gloria; bien sabe V. R., Madre mía, que mis deseos han sido siempre muy grandes. Sabe también que Jesús me ha ofrecido más de un amargo cáliz relativo a mis queridas hermanas. ¡Oh!, razón tenía el santo rey David cuando cantaba: *¡Cuán bueno y dulce es a los hermanos el habitar juntos en perfecta unión!* Mas esta unión no puede llevarse a cabo en la tierra, sino en medio de los sacrificios. no, no vine a este bendito Carmen para vivir con mis hermanas; por el contrario, presentía que me ocasionaría esto grandes sufrimientos, desde el momento en que no quiere una conceder nada a la naturaleza.

19. ¿Cómo puede decirse que es mayor perfección alejarse de los suyos? ¿Se ha reprochado alguna vez a los hermanos el combatir en el mismo campo de batalla, el volar a recibir juntos la palma del martirio? Sin duda se juzga con razón que se alientan mutuamente pero también que el martirio de cada uno se convierte en el de todos.

Lo mismo sucede en la vida religiosa, considerada por los teólogos como un martirio. Al entregarse a Dios, no pierde el corazón su ternura natural; por el contrario, se desarrolla y crece dicha ternura, llegando a ser más pura y divina. Con esta ternura amo a V. R., ¡oh Madre mía!, y amo a mis hermanas. Si, es para mí una felicidad el combatir en familia por la gloria del Rey de los cielos; pero estoy también dispuesta a volar a otro campo de batalla; si éste fuere el deseo del divino General, ni sería menester una orden; bastaría una mirada, una simple señal.

20. Desde mi entrada en el Carmen he pensado siempre que si Jesús no me llevaba muy pronto al cielo, sería mi suerte la de palomita de Noé: que abriendo el Señor un día la ventana del arca, me invitaría a volar muy lejos.

en dirección de las playas infieles, llevando el ramo de olivo. Este pensamiento me ha hecho remontar el vuelo por encima de todo lo creado.

21. Viendo que hasta en el propio Carmen podía sufrir la amarga pena de nuevas separaciones, quise anticiparme a habitar en el cielo, por lo que acepté, no sólo vivir desterrada en medio de un pueblo desconocido, sino, lo que era para mí mucho más amargo, acepté el destierro para mis hermanas. Dos de ellas fueron, efectivamente, pedidas por el Carmen de Saigón, fundado por nuestro convento, y durante algún tiempo se pensó seriamente en enviarlas allá. ¡Ah, no hubiera yo abierto mis labios para retenerlas, aunque mi corazón se destrozaba al pensar en las pruebas que las esperaban...

Ahora todo ha pasado ya; los superiores han puesto obstáculos insuperables a su partida; de modo que mojé mis labios en este cáliz sólo lo suficiente para probar su amargura.

22. Permítame que le diga, Madre mía, el porqué deseo responder al llamamiento de nuestras Madres de Hanoi en el caso de que la Virgen Santísima quiera curarme.

Según he oído decir, se necesita una vocación especial para vivir en los Cármenes del extranjero; muchas almas se creen llamadas allá, sin serlo en realidad, V. R. me ha dicho, Madre mía, que yo tenía esa vocación, y que el único obstáculo para realizarla era mi poca salud.

¡Ah, ciertamente que si tuviera que abandonar un día mi cuna religiosa, no sería sin dolor! No tengo un corazón insensible; por esto cabalmente, porque es capaz de sufrir mucho, deseo ofrecer a Jesús todos los sufrimientos que puede sobrellevar. Aquí soy querida de V. R., Madre mía, y de todas mis Hermanas; este cariño me es muy dulce; por lo mismo, desearía habitar un monasterio donde fuera desconocida y tuviera que sufrir el destierro del corazón. No, con ánimo de ser útil al Carmen de Hanoi,

abandonaría yo todo cuanto quiero, pues bien conozco mi incapacidad; mi único fin sería cumplir la voluntad de Dios y sacrificarme por El conforme a sus deseos.

Estoy convencida de que no sufriría ninguna decepción, pues cuando una espera exclusivamente padecer, la sorprende el menor goce; además llega a ser el sufrimiento la mayor de las alegrías cuando se busca como un tesoro precioso. Pero estoy enferma, ahora, sin esperanzas de curación, y, ello no obstante, gozo de paz; hace ya mucho tiempo que no me pertenezco, estoy del todo entregada a Jesús... El es muy libre de hacer de mi cuanto le plazca. Me infundió el deseo de un destierro completo; preguntóme si consentía beber este cáliz, al punto quise asirlo, pero retiró su mano, demostrándome que la sola aceptación le bastaba.

23. ¡Dios mío, de cuántas inquietudes nos libra el voto de obediencia! ¡Qué felices son las simples religiosas. usando únicamente como brújula la voluntad de los superiores, están siempre seguras de seguir el camino recto, sin temor de equivocarse, aun cuando les parezca indudable que los superiores se equivocan. Pero en cuanto se deja de consultar esa infalible brújula, se extravía el alma por áridos caminos, viéndose luego privada del agua de la gracia.

V. R., Madre mía, es la brújula que Jesús me ha dado para conducirme con seguridad a la ribera eterna. ¡Cuán dulce es para mi fijar la mirada en V. R. y cumplir después de la voluntad de Dios! A la par que permite el Señor que padezca tentaciones contra la fe, aumenta extraordinariamente en mi corazón *el espíritu de fe*, que me hace ver al divino Maestro vivo en el alma de V. R. comunicándome por conducto suyo sus benditas órdenes. Reconozco, Madre mía, que V. R. me hace suave y ligero el yugo de la obediencia; pero, a juzgar por mis sentimientos íntimos, creo que no cambiaría de conducta y que mi ternura filial no disminuiría con severidad, por-

que vería siempre la voluntad de mi Dios manifestándose de diferente manera para mayor bien de mi alma.

* * *

24. Entre las innumerables gracias que he recibido este año no juzgo la menor de ellas la que se me ha concedido de comprender en toda su extensión el precepto de la caridad.

Nunca había profundizado estas palabras de Nuestro Señor: «*El segundo mandamiento es semejante al primero: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».* Aplicábame sobre todo amar a Dios, y amándole, descubrí el secreto de estas otras palabras: *No los que dicen ¡Señor!, ¡Señor! entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre.*

Esta voluntad me la dio a conocer Jesús cuando en la última Cena promulgó su *mandamiento nuevo*, al decir a sus Apóstoles *que se amaran entre sí como El mismo los había amado*. Me puse a examinar detenidamente de qué manera había Jesús amado a sus discípulos; y vi que no fue por sus cualidades naturales, puesto que eran ignorantes y sus pensamientos enteramente terrenales. No obstante ello, los llama amigos, hermanos suyos, desea verlos junto a El en el reino de su Padre; para abrirles este reino, quiere morir en la cruz, diciendo *que no hay mayor amor que dar su vida por aquellos a quienes se ama*.

25. Meditando estas divinas palabras, vi cuán imperfecto era mi amor a mis hermanas, comprendí que no las amaba como Jesús las ama. ¡Ah!, ahora adivino que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no extrañar sus debilidades, en edificarse en sus menores virtudes; pero he aprendido especialmente que la caridad no debe permanecer encerrada en el fondo del corazón, *pues nadie enciende una antorcha para ponerla debajo de un celemín..., sino que se la pone sobre el*

candelerero, a fin de que alumbre a todos los que están en la casa. Me parece, Madre mía, que esta antorcha representa la caridad que debe iluminar y alegrar, no sólo a aquellos que más quiero, sino a todos los que están en la casa.

26. Cuando ordenó el Señor a su pueblo, en la antigua Ley, que amara a su prójimo como a sí mismo, no había venido aún a la tierra y sabiendo muy bien hasta qué extremo se ama la propia personalidad, no podía exigir más. Pero cuando da a sus Apóstoles un nuevo mandamiento, *su mandamiento particular*, no pide tan sólo que amemos al prójimo como a nosotros mismos, sino como le ama El mismo, como le amaré hasta la consumición de los siglos.

¡Oh, Jesús mío!, sé que no mandáis nada imposible; conocéis mejor que yo mi debilidad e imperfección, sabéis que jamás llegaré a amar a mis hermanas como Vos las amáis, si Vos mismo, Salvador mío, no seguís amándolas *en mí*, y porque habéis dispuesto otorgarme esta gracia, habéis instruido este *nuevo* mandamiento. ¡Oh, cuánto le amo!, pues da la seguridad de que vuestra voluntad es la de *amar en mí* a todos aquellos a quienes me ordenáis amar.

27. Sí, lo siento, cuando soy caritativa, Jesús es quien sólo obra en mí; cuanto más unida estoy a El, mayor es el amor que tengo a todas mis hermanas, y si quiero fomentar este amor en mi corazón, e intenta el demonio ponerme ante los ojos los defectos de tal o cual hermana, me apresuro a buscar sus virtudes y sus buenos deseos; pienso que si la vi caer una vez puede muy bien haber ganado numerosas victorias que oculta por humildad, y que lo que a mí me parece una falta, quizá sea un acto de virtud, por causa de la intención. Me cuesta tanto menos cuanto que lo experimenté por mí misma.

28. Cierta día, durante el recreo, compareció la portera en busca de alguna hermana para un trabajo particular que señaló; yo, que con infantil deseo anhelaba ocuparme en tal quehacer, fui cabalmente la elegida. Empecé entonces a doblar nuestra labor, pero con bastante calma, para darle tiempo a mi vecina a doblar la suya antes que yo, pues sabía que le ocasionaría una satisfacción dejándola sustituirme.

Al ver mi poca prontitud, exclamó riendo la hermana que había solicitado la ayuda: «¡Ya me figuraba yo que Vuestra Caridad no podría añadir esta perla a su corona!, iba con demasiada lentitud». Y toda la Comunidad creyó que yo había obrado por impulso tan sólo natural.

No podría ponderar cuánta utilidad saqué de este pequeño incidente y cómo me enseñó a tener indulgencia, impidiéndome además vanagloriarme cuando me juzgaban favorablemente, pues pienso que si los demás creen equivocadamente mis insignificantes actos de virtud como imperfecciones, lo mismo pueden equivocarse creyendo virtud lo que no es más que imperfección. Por esto repito con San Pablo: *Poco me importa ser juzgado por ningún tribunal humano. No he de juzgarme yo mismo; el Señor es mi juez.*

¡Sí, es el Señor mi juez, es Jesús quien me juzga! Pues bien, ya que El dijo: «No juzguéis, y no seréis juzgados», quiero practicarme toda mi vida en pensar siempre caritativamente de mis hermanos, así será más favorable su juicio sobre mí, o mejor dicho, así seré juzgada del todo.

* * *

29. Volviendo al Santo Evangelio, en él me explica el Señor claramente en qué consiste su *nuevo mandamiento*.

Leo en San Mateo: *Habéis oído lo que se dijo: amaras a tu amigo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, rogad por los que os persiguen.*

Naturalmente que en el Carmen no encuentra una enemiga, pero sí existen mayores o menores simpatías; se siente una atracción hacia tal o cual hermana, mientras que tal vez otra nos obligaría a dar un gran rodeo para evitar su encuentro. Pues bien: Jesús me dice, que tengo que amar a esa hermana, que debo rogar por ella, aunque su modo de proceder me incline a creer que no me ama: *Si sólo amáis a los que os aman, ¿qué agradecimiento os deberán? Porque también los pecadores aman a los que les aman.* No basta amar, hay que demostrar el amor. Es natural la satisfacción que se experimenta al dar gusto a un amigo; pero esto no es caridad, pues los pecadores lo hacen también.

30. Otra lección de Jesús es: *Dad a cualquiera que os pida, y si toman lo que os pertenece no volváis a pedirlo.*

Dar a todas las que piden es menos dulce que ofrecer una misma espontáneamente, por natural movimiento del corazón; tampoco cuesta dar cuando nos piden con afabilidad; pero si desgraciadamente se emplean para ello palabras poco delicadas, se rebela en el acto el alma que no está fortalecida en la caridad perfecta; halla mil razones para rehusar lo que así le piden; sólo después de haber convencido a la solicitante de su falta de delicadeza le concede *por misericordia* lo que desea, o un pequeño servicio que exige mucho menos tiempo que el empleado en hacer resaltar obstáculos y derechos imaginarios.

Si costoso es dar a cualquiera lo que nos pida, más difícil es *dejar que nos quiten lo que nos pertenece sin volver a pedirlo.* ¡Oh, Madre mía!, digo que es difícil, y debiera más bien decir que *parece* difícil, pues *el yugo del Señor es suave y ligero*; así que lo aceptamos, experimentamos al punto su dulzura.

31. Decía, pues, que Jesús desea de mí que no reclame lo que me pertenece; esto debiera parecerme muy na-

tural, puesto que en realidad nada me pertenece propiamente; debía, pues, alegrarme cuando sucede que sienta la pobreza, de que hice voto solemne. Antes me figuraba no tener apego a nada, pero desde que las palabras de Jesús brillaron en mi mente llenas de luz, me veo muy imperfecta. Por ejemplo si, al instalarme para pintar, encuentro los pinceles en desorden, si hecho de menos una regla o un cortaplumas, estoy próxima a perder la paciencia y tengo que asirme a ella con toda mi fuerza para no reclamar malhumorada los objetos que me faltan.

Es indudable que puedo pedir esos objetos indispensables, y si lo hago con humildad, en nada falto al mandamiento de Jesús; antes bien, obro como los pobres que tienden la mano para recibir lo que necesitan; pero si los despiden sin dárselo, no se admiran, pues nadie les debe nada. ¡Ah, qué paz tan profunda inunda el alma cuando se eleva sobre los sentimientos de la naturaleza! No, no hay alegría comparable a la que experimenta el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desprendimiento un objeto necesario, y no sólo se lo rehusan, sino que además intentan arrebatarse lo que tiene, sigue aquel consejo de Nuestro Señor: *Al que quiera litigar contigo y quitarte la túnica, déjale también la capa.*

Ceder la capa es, a mi parecer, renunciar a nuestros últimos derechos, considerarse como servidora y esclava de los demás. Ya despojadas del abrigo, es más fácil andar y correr; así es que Jesús añade: *Y cualquiera que os obligue a andar mil pasos, andad dos mil más en su compañía.* No, no me basta dar a todo el que me pida; he de aplicarme a adivinar los deseos, he de mostrarme muy agradecida, muy honrada de poder hacer algún servicio; y si me llevan algún objeto de mi uso, parecer alegre de que me hayan *desembarazado de él.*

32. Con todo no siempre puedo practicar al pie de la letra las palabras del Evangelio; hay ocasiones en que me veo obligada a rehusar alguna cosa a mis hermanas. Pero

la caridad se muestra siempre en el exterior, cuando está profundamente arraigada en el corazón; hay un modo tan amable de rehusar lo que nos es imposible dar, que la negativa causa tanto placer como el mismo don. Verdad es que se tiene menos reparo en pedir constantemente favores a las personas que se muestran siempre dispuestas a servir; sin embargo de ello, a pretexto de no poder complacerlas siempre, no debo huir de las hermanas que piden favores fácilmente, puesto que el divino Maestro ha dicho: *no huyas del que quiere pedirte prestado.*

Tampoco he de mostrarme complaciente con el fin de parecerlo o con la esperanza de que la hermana a quien sirvo me devuelva el favor, pues dice aún Nuestro Señor: *Si prestáis a sólo aquellos de quienes esperáis recibir algo, ¿qué agradecimiento os deberán? Porque también los pecadores prestan a otros pecadores para recibir otro tanto. Pero vosotros, haced bien y prestad sin esperar nada por ello; así será grande vuestra recompensa.*

¡Y es tan grande la recompensa, aun en la que se recibe en la tierra!... En este camino, sólo el primer paso cuesta. *Prestar sin esperar nada por ello*, parece duro; preferible sería *dar*, pues una cosa dada ya no nos pertenece. Si con aire de convicción viene una a decirnos: «Hermana, necesito su ayuda durante algunas horas, pero no pase cuidado alguno; me ha dado permiso nuestra Madre, y devolveré a Vuestra Caridad el tiempo que me preste», entonces, si una está convencida de que no nos devolverán ese tiempo que prestamos, quisiéramos decirle: «¡Se lo regalo!» Así satisfaríamos nuestro amor propio, pues es un acto más generoso dar que prestar; además, daríamos a entender a la hermana que no contamos con sus servicios.

¡Ah, qué contrarias a la naturaleza son las enseñanzas divinas! Sin el auxilio de la gracia, nos sería imposible, no sólo ponerlas en práctica, sino también comprenderlas.

* * *

33. Amada Madre mía, veo más que nunca me he explicado pésimamente. No sé qué interés encontrará V. R. en leer todos esos confusos pensamientos. Pero, en fin, no escribo con idea de hacer una obra literaria; si con esta especie de discurso sobre la caridad le produzco hastío, a lo menos verá que su hija ha dado prueba de buena voluntad.

Pero, ¡ay!, confieso que estoy muy lejos de practicar lo que tan bien entiendo; a pesar de ello, el solo deseo que tengo de practicarlo me llena de paz. Si acaso cometo alguna falta contra la caridad, me levanto al punto; hace ya algunos meses que ni siquiera tengo que combatir, por lo que puedo decir con nuestro Padre San Juan de la Cruz: *Mi morada está enteramente pacificada*. Esta íntima paz la atribuyo a cierto combate del cual salí victoriosa. Desde aquel triunfo, acude siempre en mi socorro la milicia celestial, no pudiendo permitir sea herida después de haber luchado valerosamente en la ocasión que voy a describir.

34. Una santa religiosa de la Comunidad tenía antes el don de desagradarme en todo; mezclábase en esto el demonio, pues no cabe duda de que era él quien me hacía ver en ella tantas cosas desagradables. Luchando, pues, para no ceder a la antipatía natural que me inspiraba, pensé que la caridad no se practica tan sólo en los sentimientos, sino que ha de conocerse también en las obras, por lo cual apliquéme a hacer por aquella hermana lo que hubiera hecho por la persona más querida. Cada vez que la encontraba, rogaba a Dios por ella ofreciéndole todas sus virtudes y méritos. Conocía que esto agradaba mucho a mi Jesús, pues no hay artista a quien no le guste recibir alabanzas por sus obras y el divino Artista de las almas se complace en que uno no se detenga en lo exterior, sino que, penetrando hasta en el santuario íntimo que ha elegido por morada, admiremos la belleza de éste.

No me contentaba con rezar mucho por la que me ofrecía tantas ocasiones de combatir, sino que procuraba además hacerle cuantos favores podía; y si me asaltaba la tentación de responderle de modo desagradable, me daba prisa en dirigirle una amable sonrisa, intentando desviar la conversación; pues dice el Kempis que *vale más dejar a cada uno en su idea, que detenerse a discutir.*

Muchas veces, cuando el demonio me tentaba violentamente y me podía esquivar sin que ella advirtiera mi lucha interior, huía *como un soldado desertor...* En esto, díjome ella un día con aire de gozo: «Hermana Teresita del Niño Jesús ¿quiere decirme lo que la atrae tanto hacia mí? No la encuentro ni una sola vez sin que me dirija la más graciosa sonrisa». ¡Ah!, lo que me atraía era Jesús oculto en el fondo de su alma; Jesús, que dulcifica lo más amargo.

* * *

35. Le hablaba hace un instante, Madre mía, del último recurso que empleo para evitar un desastre en los combates de la vida, el recurso de la *fuga*; medio poco honroso que usé durante el noviciado, dándome magníficos resultados, de lo cual le citaré un caso manifiesto que quizá la haga sonreír.

Hacia algunos días que estaba enferma V. R. con una bronquitis que nos inspiró seria inquietud. Una mañana fui muy quedo a entregar, en su enfermería, las llaves de la reja de la Comunión, porque yo estaba entonces de sacristana. En el fondo me alegraba en el alma de tener esta ocasión de ver a V. R., pero me guardaba muy bien de manifestarlo. Pues una de sus hijas, animada de santo celo, creyó que iba a despertarla y quiso tomarme las llaves discretamente. Le dije entonces con toda la amabilidad posible que tenía el mismo interés que ella en no hacer ruido, y añadí que me pertenecía *el derecho* de devolver las llaves. Hoy veo que hubiera sido más perfecto ce-

der sin ninguna réplica; pero como no lo entendí así entonces, quise entrar en pos de ella a pesar de su oposición.

No tardó en suceder lo que temíamos; el ruido que estábamos haciendo despertó a V. R., y toda la culpa recayó sobre mí. La hermana, a quien había resistido, empezó inmediatamente un largo discurso cuyo fondo era éste: «La hermana Teresita del Niño Jesús es quien ha hecho ruido». Ardía yo en deseos de disculparme, pero felizmente me ocurrió una idea luminosa; pensé que, seguramente, si empezaba a justificarme, perdería la paz de mi alma, y que siendo demasiado débil, por otra parte, mi virtud, para dejar de defenderme yo si me acusaba, debía elegir la huida como última tabla de salvación. Dicho y hecho; hui... pero mi corazón latía con tal violencia, que no pudiendo alejarme mucho, me senté en la escalera para gozar en paz el fruto de mi victoria. Extraña valentía era ésta sin duda, pero creo que vale más no exponerse al combate cuando la derrota es segura.

¡Ay!, icada vez que recuerdo el tiempo de mi noviciado, cómo noto lo imperfecta que era! Ciertas cosas de entonces me causan risa hoy. ¡Qué bueno es el Señor por haber levantado mi alma y concedídole alas! Jamás las redes de los cazadores podrán ya asustarme; pues *en vano se echa la red ante los ojos de aquellos que tienen alas.*

36. Podrá ser que más tarde el tiempo actual me parezca también sembrado de innumerables miserias, pero ya nada me sorprende; no me aflijo al ver que soy la flaqueza misma; por lo contrario, en ella me glorifico y me resigno a descubrir en mí diariamente nuevas imperfecciones. Confieso que estas luces que recibo acerca de mi propia nada, me son más provechosas que si se refirieran a la fe.

Acordándome de que *la caridad cubre la multitud de los pecados*, saco de esa fecunda mina abierta por el Señor en el Sagrado Evangelio. Ahondo en las profundida-

des de sus adorables palabras y exclamo con David: *Corri por el camino de vuestros mandamientos, desde que dilatásteis mi corazón*, y sólo la caridad puede dilatar mi corazón... ¡Oh, Jesús mío, desde que esta dulce llama le consume, corre con delicia por el camino de *vuestro nuevo mandamiento*; por él quiero correr hasta el venturoso día en que, uniéndome al cortejo virginal, os siga por los espacios infinitos cantando vuestro *Cántico nuevo*, que debe ser el del *Amor!*

CAPITULO X

NUEVAS LUCES SOBRE LA CARIDAD.—EL PINCELILLO
LAS MIGAJAS CAIDAS DE LA MESA DE LOS NIÑOS
EL BUEN SAMARITANO.—DIEZ MINUTOS MAS PRE-
CIOSOS QUE MIL AÑOS DE ALEGRÍAS EN LA TIERRA
DOS HERMANOS SACERDOTES.—«ATRAEME»

1. Madre venerada: Dios me ha concedido la gracia de penetrar las misteriosas profundidades de la caridad. Si pudiera expresar lo que comprendo, oiría V. R. una melodía celestial. Mas ¡ay! que no sé sino balbucear como niño, pues en verdad que si las palabras de Jesús no me sirvieran de apoyo, estaría tentada de pedirle licencia para callarme.

2. Al decirme el Divino Maestro que *dé a todo el que me pide, y que me deje quitar lo que me pertenece sin reclamarlo*, considero que no habla tan sólo de los bienes de la tierra, sino que se refiere también a los del cielo. Ni unos ni otros son míos; por el voto de pobreza renuncié a los primeros, y los segundos, igualmente que éstos, me han sido prestados por Dios, que puede quitármelos sin que me sea lícito quejarme.

Mas los pensamientos profundos y personales, los destellos de la inteligencia, las centellas ardientes del corazón, forman como una riqueza, a la que uno se apega como a su propio bien, que nadie tiene derecho a tocar. Por ejemplo: Si comunico alguna luz de mi oración a una de mis hermanas y ella manifiesta después como proveniente de sí misma, parece que se apropia de mi bien; si, durante el recreo, una dice en voz baja a su compañera

tal o cual palabra aguda u oportuna, y ella, sin dar a conocer el origen, la repite en voz alta, parece esto algo así como un robo a la propietaria, la cual, aunque no proteste, tiene vivos deseos de hacerlo, por lo que aprovechará la primera ocasión para darle a entender discretamente que se han apoderado de sus pensamientos.

No podría explicarle tan bien esos ruines sentimientos de la naturaleza, Madre mía, si no tuviera experiencia de ellos; y me dejaría con gusto mecer por la dulce ilusión de que sólo mi flaqueza los ha experimentado, si V. R. no me hubiera ordenado oír las tentaciones de las novicias. Mucho he aprendido desempeñando este cargo; sobre todo me he visto obligada a practicar lo que enseñaba.

3. Sí, ahora puedo decir que he recibido la gracia de no estar más apegada a los bienes espirituales y del corazón que a los de la tierra. Si me acontece pensar o decir alguna cosa que agrade a mis hermanas, juzgo muy natural que lo tomen para sí como cosa propia; este pensamiento pertenece al Espíritu Santo, no a mí, puesto que San Pablo asegura *que sin ese Espíritu de amor, no podemos dar a Dios el nombre de Padre*. Puede, pues, el Espíritu divino valerse de mi pequeñez para dar buenas inspiraciones a un alma; de ninguna manera he de creer que este pensamiento es de mi propiedad exclusiva.

Por otra parte, aunque no desprecio los hermosos pensamientos que unen con Dios, tengo bien entendido, hace tiempo, que no es prudente apoyarse demasiado en ellos. Las más sublimes inspiraciones nada son si no van acompañadas de las obras. Es verdad que otras almas pueden aprovecharse mucho de ellas, si demuestran al Señor humilde agradecimiento porque les permite compartir el festín de uno de sus privilegiados; pero si éste se complace en su riqueza y hace la oración del fariseo, parece a una persona que se muere de hambre ante una mesa espléndidamente servida, mientras que todos sus convida-

dos se alimentan abundantemente, y miran quizá con envidia al poseedor de tantos tesoros.

4. ¡Ah, sólo Dios conoce verdaderamente el fondo de los corazones! ¡Qué limitados son los pensamientos de las criaturas! Si encuentran un alma de mayores luces que ellas, deducen en consecuencia que el Divino Maestro no las ama tanto como a ésta. ¿Desde cuándo, pues, no tiene ya derecho el Señor a servirse de una de sus criaturas para repartir a sus hijos el alimento que necesitan? En tiempo de Faraón los tenían aún, pues dice el Señor a este monarca en la Sagrada Escritura: *Yo te levanté expresamente para hacer resplandecer en ti MI PODER, a fin de que mi nombre sea conocido y anunciado por toda la tierra.* Muchos siglos han pasado desde que el Altísimo pronunció estas palabras, y su conducta no ha cambiado; ha seguido siempre escogiéndose instrumentos entre los pueblos para operar en las almas.

* * *

5. Si el lienzo pintado por un artista pudiese pensar y hablar, ciertamente que no se quejaría de ser tocado y retocado sin cesar por el pincel; no envidiaría tampoco la suerte de este instrumento, pues sabría que, no al pincel sino al artista, que lo maneja, debe la belleza de que está revestido. Tampoco se glorificaría el pincel de la obra maestra ejecutada por su mediación, pues no ignoraría que, nunca los artistas se hallan apurados, salvando dificultades como quien juega y sirviéndose a veces por gusto de los instrumentos más débiles y defectuosos.

Venerada Madre mía, yo soy un pincelillo que ha elegido Jesús para pintar su imagen en las almas que me ha confiado V. R. Un artista tiene varios pinceles, dos por lo menos; con el primero, que es el más útil, da los tonos generales, y, en muy poco tiempo, cubre enteramente el lienzo; el más pequeño sirve para los detalles. V. R., Madre mía, me representa el precioso pincel que maneja Je-



*Jeugent, vous me comblez de joie par
tout ce que vous faites à XCI qu'on s'is*

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS
Y DE LA SANTA PAZ

sús con amor cuando quiere ejecutar alguna gran obra en el alma de sus hijas; yo soy el pequeñito, el que se digna emplear después para los mínimos detalles.

6. El Divino Maestro se sirvió por primera vez de su pincelillo hacia el 8 de diciembre de 1892; recordaré siempre aquella época como tiempo de gracias.

Al entrar en el Carmen, encontré en el noviciado una compañera que tenía ocho años más que yo; a pesar de la diferencia de edad, se entabló entre nosotras una verdadera intimidad. Con objeto de fomentar una amistad que parecía propicia para producir frutos de virtud, nos concedían algunos ratitos de conversación espiritual. Cautivábame mi querida compañera por su inocencia y su carácter franco y expansivo; pero me sorprendía ver que amaba a V. R. de muy distinto modo que yo; observaba también muchas cosas en su conducta, las cuales me parecían censurables. Mas Dios me daba ya a entender por entonces que hay almas a las que su misericordia no se cansa de aguardar y a las que va dando su luz por grados; por tanto, me guardaré muy bien de pretender anticiparme a su hora.

7. Reflexionando un día sobre el permiso que se nos había concedido de platicar juntas, según dicen nuestras santas Constituciones «para inflamarnos mutuamente más y más en el amor de nuestro divino Esposo», pensé con tristeza que nuestras conversaciones no alcanzaban el fin deseado, y vi claramente que mi deber era no tener ya reparo en hablar o bien cesar aquellas pláticas que se asemejaba a las de las amigas del mundo. Supliqué a nuestro Señor que pusiera en mis labios palabras suaves y convincentes, o mejor, que hablara El mismo en mi lugar. Escuchó mi ruego, pues *los que vuelven sus miradas hacia El serán iluminados, y la luz brilla en las tinieblas para todos los que tienen el corazón recto*. La primera cita me la aplico a mí misma, y la segunda a mi compa-

ñera, que verdaderamente tenía el corazón recto.

8. Desde el primer momento de nuestra entrevista, advirtiéndome mi pobre hermanita que yo no era la misma, llena de turbación se sentó a mi lado; estrechándola entonces contra mi corazón, le dije con ternura todo lo que pensaba de ella. Le mostré en qué consiste el verdadero amor, dándole a entender que el amar a su M. Priora con cariño puramente natural era amarse a sí misma, y le confié los sacrificios que me había visto precisada a hacer sobre este particular al principio de mi vida religiosa. Pronto sus lágrimas se mezclaron con las mías, reconoció humildemente sus yerros, dándome toda la razón, y me prometió comenzar una vida nueva, pidiéndome por favor que le advirtiera siempre sus faltas.

Desde aquel instante, nuestra amistad fue enteramente espiritual, deslizándose en nosotras el oráculo del Espíritu Santo: *El hermano a quien otro hermano ayuda, es como una ciudad fortificada.*

Bien sabe, Madre mía, que mi intención no era apartar de V. R. a mi compañera; sólo quería darle a entender que el verdadero amor se alimenta de sacrificios, y que cuanto más se priva el alma de toda satisfacción natural, tanto más fuerte y desinteresada llega a ser su ternura.

* * *

9. Recuerdo que siendo postulante, sentía a veces tan violentas tentaciones de satisfacerme y endulzar mi corazón con algunas gotas de alegría, que tenía que pasar a toda prisa delante de la celda de Vuestra Reverencia y agarrarme al barandal de la escalera para no volverme atrás. Acudían a mi pensamiento infinidad de permisos que pedirle y mil pretextos para justificar y satisfacer mi natural propensión. ¡Cuánto me alegro ahora de haberme vencido desde el comienzo de mi vida religiosa! Disfruto ya de la recompensa prometida a los que combaten valerosamente, y no siento que me sea necesario negarme los

consuelos del corazón, pues mi corazón está afianzado en Dios... Por haberle amado únicamente, ha ido agrandándose poco a poco, hasta el punto de poner en las personas que le son queridas una ternura incomparablemente más profunda que si se hubiese concentrado en un afecto egoísta e infructuoso.

* * *

10. Acabo de hablar del primer trabajo que Jesús y V. R. se dignaron ejecutar con el pincelillo, amada Madre mía; pero esto fue solamente como un esbozo del cuadro de mano maestra que le encomendó después V. R.

Al penetrar en el santuario de las almas me di cuenta, desde la primera ojeada, de que la tarea era muy superior a mis fuerzas; me eché al punto en los brazos de Dios, como los niños pequeñuelos esconden, bajo la impresión de algún temor, su rubia cabecita en el hombro de su padre, y le dije: «¡Señor! Bien sabéis que soy demasiado pequeña para alimentar a vuestras hijas; si queréis darle por mi mediación lo que necesitan, llenad mi mano, y sin dejar vuestros brazos, sin volver siquiera la cabeza, distribuiré vuestros tesoros al alma que venga a pedirme alimento. Si lo encuentra a su gusto, sabré que no me lo debe a mí, sino a Vos, Señor; y si, por el contrario, se queja y encuentra amargo lo que le ofrezco, no se alterará por esto la paz de mi alma, antes bien, procuraré persuadirla de que este alimento le viene de Vos, y me guardaré muy buen de buscarle otro».

Al comprender así que me era imposible hacer cosa alguna por mí misma, me pareció simplificada mi tarea. Sólo me esforzaba interiormente en unirme cada vez más y más a Dios, sabiendo que el resto se me daría por añadidura. Y así ha sido, en efecto. Nunca ha sido defraudada mi esperanza: mi mano se ha encontrado llena tantas veces como ha sido necesario para alimentar el alma de mis hermanas. Confieso, Madre mía, que a no haber

obrado de esta manera, si hubiera confiado en mis propias fuerzas, sin tardanza le hubiera rendido las armas.

11. Considerado de lejos, parece muy fácil hacer bien a las almas, procurar que adelanten y crezcan en el amor de Dios, modelarlas según nuestras propias miras y pensamientos. Pero de cerca, por lo contrario, se advierte que hacer algún bien es cosa tan imposible sin la ayuda divina, como pretender que durante la noche vuelva el sol a nuestro hemisferio. Adviértase que es de absoluta precisión olvidar nuestros gustos, nuestras ideas personales, y guiar las almas, no según nuestro rumbo; no por el camino que seguimos nosotros, sino por el camino particular que les indique Jesús. Mas no es ésta la mayor dificultad; lo que a mí me cuesta más que todo es observar las faltas, hasta las más ligeras imperfecciones, y declararles guerra a muerte.

Iba a decir, desgraciadamente para mí; pero no, esto fuera cobardía, digo, pues: felizmente para mis hermanas, desde que me establecí en los brazos de Jesús, soy como el vigía que desde la más alta torrecilla de un castillo observa al enemigo. Nada se oculta a sus miradas, a menudo me sorprende la claridad con que lo veo todo, y juzgo muy excusable la acción del profeta Jonás huyéndose de delante de la faz del Señor para anunciar la ruina de Nínive. Preferiría recibir mil reproches que dirigir uno solo; pero me parece muy necesario que esta tarea sea para mí motivo de sufrimiento, pues cuando se obra por impulso natural, no es posible que el alma defectuosa advierta sus yerros, antes bien piensa que la monja encargada de dirigirla está descontenta, y hace recaer su enojo sobre ella, a pesar de las buenas intenciones que la animan.

Madre mía, en esto, como en todo lo demás necesariamente he de abrazar la abnegación y el sacrificio; así es que, por ejemplo, estoy convencida de que una carta no producirá fruto alguno mientras no la escriba con cierta

repugnancia y por pura obediencia. Cuando hablo con una novicia, procuro mortificarme, evitando dirigirle preguntas que satisfarían mi curiosidad. Si después de haber comenzado a referirme algo interesante, pasa después a otro asunto que me fastidia sin concluir lo primero, me abstengo cuidadosamente de advertirle esta interrupción, pues parece que no es posible hacer ningún bien buscándose una a sí misma.

12. Sé, Madre mía, que sus corderitos me tienen por severa... Si leyeran estas líneas, dirían que no parece sino que a mí me cuesta muy poco correr tras ellos, mostrarles su hermoso vellón manchado, o presentarles algunos mechones de lana que dejaron enredados en las zarzas del camino. Dirán lo que quieran esos corderitos, pero en el fondo saben que los quiero con entrañable amor. No, no hay peligro de que imite *al mercenario que, viendo venir al lobo, deja el rebaño y huye*. Estoy dispuesta a dar mi vida por ellos, y es tan puro mi cariño, que ni siquiera deseo que lo conozcan. Nunca jamás, con la gracia de Dios, he intentado atraerme sus corazones, sino que he comprendido que mi obligación era encaminarlos a Dios y a V. R., Madre mía, que es aquí abajo el Dios visible a quien deben amar y respetar.

* * *

13. Dije anteriormente que, instruyendo a las otras, había aprendido mucho. Primeramente he visto que todas las almas sostienen poco más o menos los mismos combates; pero que, con todo, hay entre ellas diferencia suma, que obliga a no atraerlas de la misma manera. Veo que con algunas conviene que me haga pequeña y no tema humillarme declarando mis luchas y derrotas; entonces confiesan fácilmente a su vez las faltas que se reprochan, y se alegran de ver que las comprendo por experiencia. En cambio, para obtener buenos resultados con otras, he de emplear gran firmeza y no desdecirme

jamás de una cosa ya dicha: humillarse sería entonces debilidad.

14. El Señor me ha concedido la gracia de que no me arredre la guerra; por encima de todo y a toda costa, he de cumplir siempre mi deber. Más de una vez me han hecho esta observación: «Si quiere obtener algo de mí, no use la fuerza sino la dulzura; de lo contrario, no alcanzará nada». Pero sé que nadie es buen juez en causa propia, y que si el cirujano hace una operación dolorosa a un niño, no cesará éste de gritar diciendo que es peor el remedio que la enfermedad; pero esto no es obstáculo para que, al verse a los pocos días curado, quede muy contento de poder jugar y correr. Lo mismo sucede con las almas; no tardan en reconocer que un poco de amargura es preferible al azúcar y temen confesarlo.

15. A veces es verdaderamente maravilloso comprobar el cambio que se opera en ellas de un día para otro. Así vienen a decirme: «Tenía razón ayer en tratarme con severidad; al principio me subleve en mi interior, pero repasándolo después, vi que estaba V. C. muy en lo justo. Al salir de su celda, pensé que había concluido con V. C., y me decía a mí misma: Voy a decirle a nuestra Madre que no volveré a ver más a Sor Teresita del Niño Jesús; pero comprendí que el demonio era quien me inspiraba esta idea. Parecióme luego que V. C. rogaba por mí; entonces me tranquilicé, y empieza la luz a brillar en mi espíritu; ahora vengo para que V. C. lo ilumine todo».

Y yo, contentísima de poder seguir el impulso natural de mi corazón, ofrezco al punto los manjares menos amargos... Sí, mas... advierto que es menester no adelantarse demasiado... Una palabrita podría destruir el hermoso edificio construido con lágrimas. Si tengo la desgracia de decir la menor cosa que parezca atenuar las verdades de la víspera, intenta mi hermanita agarrarse otra vez a las ramas... En este caso recurro a la oración, vuelvo los ojos de mi alma a la Virgen María, y Jesús sale siempre

trionfante. ¡Ah! la oración y el sacrificio constituyen toda mi fuerza, son mis armas invencibles; conmueven los corazones mucho más que las palabras, lo sé por experiencia.

* * *

16. Durante la Cuaresma de hace dos años, vino a verme una novicia radiante de alegría y me dijo: «¡Si supiera V. C. lo que he soñado esta noche! Hallábame con mi hermana, que es muy mundana, y quería desprenderla de todas las vanidades del mundo; para lograrlo, le explicaba estas palabras del cántico de V. C.: *Vivir de amor*:

Amarte, buen Jesús, fecunda pérdida;
Para ti mis perfumes y mis gracias.

«Transportada de gozo, veía que mis palabras penetraban hasta el fondo de su alma. Esta mañana estoy pensando que tal vez quiere Dios que le conquiste esta alma. ¿Le parece a V. C. que le escriba refiriéndole mi sueño para Pascua, y diciéndole que Jesús la quiere por esposa suya?»

Respondíle sencillamente que bien podía pedir permiso para ello.

Como la Cuaresma no tocaba aún a su término, sorprendió a V. R esta petición tan prematura; por lo cual, visiblemente inspirada por Dios, respondió que las Carmelitas deben salvar las almas más con la oración que con cartas. Al saber esta decisión, dije a mi querida hermanita: «Pongamos manos a la obra y roguemos mucho. ¡Qué alegría si nuestra oración fuera atendida al terminar la Cuaresma!» ¡Oh, infinita misericordia del Señor! *Al finalizar la Cuaresma*, un alma más se consagraba a Jesús. Fue esto un verdadero milagro de la gracia obtenido por el favor de una humilde novicia.

17. Cuán grande es, pues, el poder de la oración. Di-

riase que es una reina que tiene siempre libre entrada en el palacio del rey, pudiendo obtener todo lo que pide. Para que la oración sea eficaz, no es preciso leer en un libro alguna hermosa fórmula compuesta para circunstancias determinadas; si así fuera, ¡Cuán digna de lástima sería yo!

Fuera del Oficio divino que, aunque muy indigna, tengo la dicha de rezar cada día, no me siento con valor alguno para sujetarme a buscar hermosas oraciones en los libros; esto me da dolor de cabeza. ¡Son tantas!... Además, ¡son a cual más bellas! No pudiendo, pues, rezarlas todas, ni sabiendo cuáles elegir, hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, y me comprende siempre.

18. Para mí es la oración un arranque del corazón, una simple mirada dirigida al cielo; es un grito de agradecimiento y de amor lo mismo en medio de la tribulación que en el seno de la alegría. En fin, es algo elevado y sobrenatural; que dilata el alma y la une a Dios.

Algunas veces, cuando se halla sumido mi espíritu en tan grande sequedad que es incapaz de producir un solo pensamiento bueno, rezo muy despacio un *Padrenuestro* o un *Avemaría*; éstas son las únicas oraciones que me cautivan, que alimentan divinamente mi alma, y le bastan.

* * *

19. Pero, ¿en qué punto de mi relación estaba? Heme otra vez perdida en un dédalo de reflexiones. Perdone, Madre, mi poca precisión. Convengo en que esta historia es una madeja muy enredada. Pero, desgraciadamente, no sé hacerlo mejor; escribo tal como me vienen los pensamientos; echo al azar el anzuelo en el arroyuelo de mi corazón, y le ofrezco después mis pececitos tal como se dejan coger.

Hablaba, pues, de las novicias, las cuales me dicen muchas veces: «Pero V. C. siempre tiene una respuesta para todo; creía apurarla esta vez... ¿Adónde, pues, va a buscar lo que nos enseña?» Las hay bastante cándidas para creer que leo en sus almas, porque me ha ocurrido prevenirlas, revelándoles —sin revelación— lo que pensaban.

La más antigua del noviciado se había propuesto ocultarme una pena muy grande que la afligía mucho. Acababa de pasar una noche de angustias, procurando no derramar ni una lágrima, por temor de que sus ojos enrojecidos le hicieran traición. Habiéndose acercado a mí con el semblante más placentero, hablándome de la manera que solía y con más amabilidad aún, si cabe, le dije sencillamente: «V. C. tiene alguna congoja, estoy segura de ello». Me miró entonces con indecible extrañeza... Fue tan grande su estupefacción, que me contagió a mí también y me comunicó no sé qué impresión sobrenatural. Sentía a Dios allí mismo, cerca de nosotras... Sin darme cuenta, pues no tengo el don de leer en las almas, había pronunciado una palabra de veras inspirada, que me permitió consolar después completamente aquella alma.

* * *

20. Ahora le confiaré, Madre mía carísima, el mayor provecho espiritual que he reportado de mi trato con las novicias. Ya entiende V. R. que todo les está permitido y que conviene que digan todo lo que piensan, lo mismo el bien que el mal, sin restricción alguna. Esto les es tanto más fácil conmigo, cuanto no me deben el respeto que se tributa a una Madre Maestra.

No puedo decir que Jesús me conduzca exteriormente por el camino de las humillaciones; no, se contenta con humillarme en lo íntimo de mi alma. Delante de las criaturas, todo me sale bien; sigo el peligroso camino de los honores, si así puede una expresarse en religión, y con respecto a esto, comprendo la conducta de Dios y de los

superiores. Porque si apareciera a los ojos de la Comunidad como religiosa incapaz, sin inteligencia ni juicio, no podría V. R hacerse ayudar por mí, Madre mía. He aquí la razón por que el Divino Maestro ha echado un velo sobre todos mis defectos interiores y exteriores.

Este velo hace que reciba algunos cumplidos de las novicias, sinceros cumplidos, sin ninguna clase de lisonja, pues sé que piensan lo que dicen; pero esto no inspira vanidad alguna, pues a todas horas tengo presente el recuerdo de mis miserias. A pesar de ello, me viene algunas veces grandes deseos de oír algo más que alabanzas; mi alma se cansa de manjares demasiado azucarados, y entonces Jesús hace que le sirvan una ensaladita bien avinagrada y cargada de especias; nada le falta, excepto el *aceite*, lo que le da un sabor más.

Esta ensalada me la presentan las novicias cuando me nos la espero. Al levantar Dios el velo que les oculta mis imperfecciones, viéndome mis queridas hermanitas bajo mi verdadero aspecto, no me encuentran ya del todo a su gusto. Con sencillez que me enamora, refiérenme los combates que suscito en ellas, aquello que les desagrada de mí; y como saben que me dan gran gusto con esto, hablan sin empacho, como si tratara de otra persona.

21. ¡Ah!, en verdad que esto, más que un gusto, es un festín delicioso, que colma mi alma de alegría. ¿Cómo puede una cosa tan contraria a la naturaleza ocasionar semejante felicidad? Si yo misma no la hubiera experimentado no podría creerlo.

Cierto día que deseaba ardientemente ser humillada, ocurrió que una joven postulante se encargó de satisfacerme por modo tan completo, que me acudió a la memoria el pensamiento de Semei maldiciendo a David, por lo cual repetí interiormente con el santo Rey: *Sí, el Señor es verdaderamente quien le ha ordenado que me diga todas estas cosas.*

Así cuida Dios de mí. No puede ofrecerme siempre el

pan fortificante de la humillación exterior, pero de vez en cuando me permite alimentarme *con las migajas que caen de la mesa de los niños*. ¡Ah, cuán grande es su misericordia!

22. Amadísima Madre: ya que intento cantar con V. R. desde este mundo aquella misericordia infinita, debo participarle aún otro provecho real que, como tantos otros, he sacado de mi pequeño cargo. Cuando notaba antes en una de mis hermanas algo que me disgustaba y parecía contrario a la regla, pensaba que si pudiera advertirle y señalarle sus yerros, me haría gran bien. Pero practicando el oficio, he modificado mi parecer. Si hoy me ocurre ver alguna cosa que no bien, exhalo un suspiro de alivio, pensando: «¡Qué felicidad!, no es una novicia, no estoy obligada a reprenderla». Y después procuro excusar a la culpable y atribuirle las buenas intenciones que sin duda la animan.

* * *

23. Los cuidados que me está prodigando V. R. durante mi enfermedad, venerada Madre mía, me han instruido también mucho sobre la caridad. Ningún remedio le parece demasiado costoso, y si no da resultado, sin desanimarse prueba otra cosa. Cuando acudo al recreo, pone V. C gran atención en resguardarme de la menor corriente de aire. Madre mía, siento que debo ser tan compasiva con las enfermedades espirituales de mis hermanas, como lo es V. R. con mi enfermedad física.

24. He notado que las religiosas más santas son las palabras de nuestro Padre San Juan de la Cruz: «Todos los sin que ellas los pidan; por fin estas almas tan bien templadas para soportar las faltas de atención y de delicadeza, se ven rodeadas del afecto general», pudiéndoseles aplicar estas palabras de nuestro Padre San Juan de la Cruz: «Todos los bienes recibí cuando por amor propio no los busqué».

Al contrario, las almas imperfectas están desatendidas, limitándose uno a usar con ellas la cortesía religiosa; pero por temor quizás a dirigirles alguna palabra desagradable, se evita su compañía. Al decir almas imperfectas no me refiero solamente a las imperfecciones espirituales, puesto que aun los más santos no serán enteramente perfectos sino en el cielo; así, incluyo también la falta de criterio, de educación y lo quisquilloso de ciertos temperamentos; cosas éstas que no contribuyen a hacer la vida agradable. Me consta que esas enfermedades son crónicas, sin esperanza alguna de curación, pero sé también que mi Madre no dejaría de cuidarme y procurarme alivio aun cuando permaneciese enferma largos años.

25. He aquí la conclusión que saco de esto: Debo buscar la compañía de las hermanas con quienes no simpatizo según la naturaleza, y hacer con ellas el oficio del buen Samaritano. Una palabrita, una amable sonrisa basta a menudo para regocijar un alma triste y herida. Pero no quiero ser caritativa sólo por la esperanza de consolar; si persiguiera solamente este fin, presto me desanimaría, porque muchas veces una palabra dicha con la mejor intención es pésimamente interpretada. De modo que, para no perder tiempo ni trabajo, procuro obrar únicamente para agradar a Nuestro Señor y responder a este consejo del Evangelio:

Quando des alguna comida o cena, no convides a tus amigos ni a tus parientes, para que no suceda que a su vez te conviden ellos a ti, y así quedes recompensado. Sino que has de convidar a los pobres, a los tullidos, a los cojos, y serás bienaventurado, porque no pueden corresponderte; pero te recompensará tu padre que ve en lo oculto.

¿Qué otro festín podré yo ofrecer a mis hermanas si no es un festín espiritual compuesto de amable y alegre caridad? No, ningún otro se me ocurre y quiero imitar a San

Pablo que se alegraba con los afligidos; las lágrimas han de figurar algunas veces en el festín que quiero servir; pero procuraré siempre trocarlas en sonrisas, puesto que *el Señor ama a los que dan con alegría.*

26. Recuerdo un acto de caridad que Dios me inspiró siendo aún novicia. El Padre Celestial, *que ve en el secreto*, me ha recompensado ya, sin esperar a la otra vida, este acto, tan pequeñito en apariencia.

Antes de que la Hermana San Pedro quedara del todo enferma y baldada, era menester que cada tarde a las seis menos diez, dejara una la oración para conducirla al refectorio. Me costaba mucho ofrecerme para hacer este servicio, pues no ignoraba la dificultad, o mejor, la imposibilidad de contentar a la pobre enferma; sin embargo de ello, no quería desperdiciar tan buena ocasión, recordando aquellas divinas palabras: *Lo que hagáis al más pequeño de los míos, es a mí a quien lo hacéis.*

Me ofrecí, pues, muy humildemente a conducirla, y no sin trabajo logré que aceptara mis servicios. Puse manos a la obra, con tan buena voluntad, que salí airosa de mi empresa. Cada noche cuando la buena hermana agitaba su reloj de arena, sabía que me decía con esto: «¡Vamos!».

Revistiéndome entonces de todo mi valor, me levantaba y comenzaba una complicada ceremonia, la de mover y llevar el banco *de un modo especial*, sobre todo sin precipitarme, terminado lo cual, comenzaba el paseo. Se trataba de seguir a la buena hermana, sosteniéndola por la cintura, lo que hacía yo con la mayor suavidad posible; pero si por desgracia dábamos un paso en falso, se figuraba al punto que la sostenía mal, que iba a caerse. «¡Dios mío! V. C. va demasiado aprisa; voy a estrellarme». Procuraba entonces conducirla más ligeramente. «Pero sígame —me decía—; no siento su mano; si me suelta voy a caerme.. Bien decía yo que V. C. era demasiado joven para acompañarme».

Sin otro incidente, llegábamos por fin al refectorio. Pero allí sobrevenían otras dificultades; tenía que colocar a mi pobre enferma en su puesto y obrar discretamente para no lastimarla; por último, le levantaba las mangas, operación que debía hacerse también siempre de *un modo especial*. Terminado esto, podría retirarme.

Pronto advertí que cortaba el pan con grandísima dificultad; desde entonces, no la dejaba hasta haberle hecho este último servicio. Como nunca me había expresado este deseo, quedó muy agradecida a mi atención, y por este sencillo medio, no buscado por cierto, gané enteramente su confianza, y más que por nada —lo supe más tarde—, porque después de prestarle estos pequeños favores, le dirigía —según decía ella— *mi más graciosa sonrisa*.

* * *

27. Hace mucho tiempo, Madre mía, que llevé a cabo este acto de virtud; a pesar de ello, el Señor me deja este recuerdo de él, cual aroma y brisa del cielo. Una tarde de invierno, fría y oscura, cumplía yo el humilde oficio que acabo de relatar, cuando de pronto oí a lo lejos el armonioso concierto de varios instrumentos de música. Representóseme un salón ricamente amueblado, alumbrado con brillantes luces, resplandeciente de dorados; en aquel salón, jóvenes elegantemente ataviadas, recibían y prodigaban mil cumplidos mundanos. Volví luego mis ojos hacia la pobre enferma, a la cual sostenía; en vez de aquella melodía suave, herían a intervalos mis oídos sus lamentos de queja; en vez de dorados, veía los toscos ladrillos de nuestro claustro, apenas alumbrado por una débil luz.

28. Este contraste impresionó dulcemente mi alma, iluminándola el Señor con los rayos de la verdad, los cuales de tal manera superan al esplendor tenebroso de los placeres terrenales, que por disfrutar mil años de esa

felicidad mundana, no hubiera dado los diez minutos que empleaba en mi acto de caridad.

¡Ah!, si ya, en medio del sufrimiento y del fragor del combate, puede gozarse de semejantes delicias, pensando que Dios nos ha apartado del mundo, ¿qué no será en el cielo, cuando en medio de la gloria y del descanso eterno, veamos la gracia incomparable que nos ha hecho, escogiéndonos para habitar en su casa, verdadero pórtico de los cielos?

* * *

29. No siempre he practicado la caridad con esos transportes de alegría; pero al principio de mi vida religiosa, quiso Jesús hacerme experimentar lo dulce que es verle en el alma de sus esposas: así es que cuando guiaba a la hermana de San Pedro, lo hacía con tanto amor, que me hubiera sido imposible hacerlo mejor si acompañara al mismo Señor nuestro.

Ahora mismo le estaba diciendo, amada Madre, que la práctica de la caridad no me ha sido siempre tan suave, y, en prueba de ello, voy a referirle algunos de mis muchos combates.

30. Durante una larga temporada estuve en la oración no muy lejos de una Hermana que continuamente removía su rosario, o no sé qué otra cosa; quizá sería yo la única en oírlo, pues tengo el oído fino en extremo. Imposible me sería describir la gran molestia que me ocasionaba esto. Deseaba volver la cabeza para mirar a la culpable y hacer que cesara el ruido; pero sentía en lo íntimo de mi corazón que era mejor sufrir aquello con paciencia, primero por amor de Dios, y luego para no apenar a nadie.

Quedábame, pues, tranquila, pero a veces me inundaba copioso sudor; sólo podía ofrecer a Dios una oración de sufrimiento. En fin, me aplicaba a sufrir con paz y alegría, al menos en lo íntimo de mi alma, procurando en-

tonces complacerme en aquel ruidito desagradable. En vez de procurar no oírlo –lo cual era imposible–, escuchaba atentamente, como si se tratara de un concierto embelesante, y mi oración –que ciertamente *no era de quietud*–, se pasaba ofreciendo el concierto a Jesús.

31. En otra ocasión me hallaba en el lavadero, frente a una Hermana que, lavando los pañuelos, me salpicaba con agua sucia a cada momento. Mi primer impulso fue alejarme limpiándome la cara para demostrar así a la Hermana que me haría gran favor quedándose quieta; pero pensando al momento que sería una tonta en rehusar los tesoros que me ofrecían tan generosamente, me guardé muy bien de dejar traslucir mi fastidio. Por lo contrario, me esforcé del todo en desear recibir mayor cantidad de agua sucia, de tal manera, que al cabo de media hora acabé por tomarle gusto de veras a aquel nuevo sistema de aspersión, por lo que prometí volver cuantas veces pudiera a aquel sitio afortunado donde repararían gratuitamente tantas riquezas.

Ya ve, Madre mía, que soy un alma *muy pequeñita* que sólo puede ofrecer a Dios *cosas muy pequeñitas*, y aun así sucede a menudo que dejo escapar estos insignificantes sacrificios que tanta paz proporcionan al corazón, pero no me desaliento por esto, sino que soporto con paciencia el gozar de un poco menos de paz y procuro estar más alerta otra vez.

* * *

32. ¡Ah, qué feliz me hace el Señor! ¡Qué fácil y dulce es servirle en la tierra! Sí, lo repito, siempre me ha concedido lo que he deseado, o, mejor dicho, siempre me ha inspirado el deseo de lo que ha querido concederme. Así fue como, poco antes de mi terrible tentación contra la fe, me decía a mí misma: En verdad no tengo grandes penas exteriores, y para tenerlas interiores, sería menester que cambiara Dios mi camino, lo cual no creo que haga.

Sin embargo, es imposible que viva siempre en esta tranquilidad. ¿Qué medio buscará el Señor?

La respuesta no se hizo esperar: me demostró que Aquel a quien amo no está nunca falto de medios, pues sin cambiar mi camino, me envió esa gran tribulación que vino a amargar saludablemente todas mis dulzuras.

33. Confieso que, no solamente cuando le place enviarme tribulaciones me lo hace Jesús presentir y desear. Hacía ya tiempo que ocultaba en mi corazón cierto deseo que me parecía irrealizable: el de tener un hermano sacerdote. A menudo pensaba que si mis hermanitos no hubieran volado al cielo, tendría la felicidad de verlos subir al altar; y aquella felicidad la echaba de menos. Mas he aquí que Dios Nuestro Señor realizó con creces este ensueño mío, y digo con creces, porque yo solamente deseaba un hermano que me encomendase cada día en el Santo Sacrificio del Altar, y El me ha unido con los lazos del alma a dos apóstoles suyos. Le referiré detalladamente, amadísima Madre, el modo de que se valió el Señor para colmar mis aspiraciones.

34. Mi primer hermano me lo envió N. M. Santa Teresa, como regalo de fin de fiesta, el año de 1895. Cierta día de colada, estando muy ocupada en mi quehacer, me llamó aparte la Madre Inés de Jesús, a la sazón Priora, y me leyó una carta de un joven seminarista, el cual, inspirado, según él decía, por Santa Teresa, pedía que una hermana se dedicase especialmente a pedir su salvación y la de todas las almas que le habrían de estar encomendadas más adelante; él, en cambio, prometía que, cuando pudiera ofrecer el Santo Sacrificio, tendría en él especialmente presente a esa hermana espiritual. Yo fui la elegida para ser la hermana del futuro misionero.

No podría explicarle, Madre mía, el contento de mi alma. La inesperada realización de aquel deseo mío, hizo brotar en mi corazón un gozo que califico de infantil,

porque era semejante a aquellas alegrías tan vivas de mis tiernos años que desbordaban en mi alma, demasiado pequeña para contenerlas. Hacía muchos años que no había vuelto a disfrutar de semejante felicidad; parecíame que aquella parte de mi alma era nueva, como si tocasen en ella cuerdas musicales hasta entonces olvidadas.

35. Considerando las obligaciones que me imponía, puse manos a la obra, procurando redoblar mi fervor, y escribí de vez en cuando algunas cartas a mi nuevo hermano. Indudablemente la oración y el sacrificio son la ayuda más eficaz que podemos ofrecer a los misioneros; pero a veces cuando le place a Jesús unir dos almas para que le glorifiquen, permite que puedan comunicarse sus pensamientos para alentarse mutuamente en el amor de Dios.

No ignoro que es menester para esto la expresa voluntad de los Superiores; y me parece que si se *solicítase* esta correspondencia, sería más bien perjudicial que provechosa, si no al misionero, por lo menos a la carmelita, pues por su género de vida está siempre inclinada a replegarse sobre sí misma. Este cambio de cartas, aun no siendo frecuente, en vez de unirla a Dios, le ocuparía inútilmente al espíritu; se imaginaría tal vez que obraba maravillas, y, en realidad, no haría más que procurarse una distracción superflua, bajo las apariencias de celo.

* * *

36. Otra vez, amada Madre, me engolfo, no en una distracción, pero sí en una disertación no menos superflua... ¡Jamás lograré corregirme de estas largas digresiones, que tantas molestias ocasionarán a V. R. leerlas! Perdóneme y permítame que en la próxima ocasión vuelva a hacer lo mismo.

37. El año pasado, a fines de mayo, me dio V. R., Madre mía, mi segundo hermano, y al objetarle yo que,

habiendo ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, me parecía que no podría volver a hacerlo por otro, me respondió que la obediencia duplicaría mis méritos. Esto mismo pensaba yo en el fondo de mi alma; y puesto que el celo de una carmelita debe abarcar el mundo, hasta espero, con la gracia de Dios, ser útil a más de dos misioneros. Ruego por todos, sin olvidar los simples sacerdotes; cuyo ministerio es a veces tan difícil como el de los apóstoles que predicán a los infieles. En fin, quiero ser «hija de la Iglesia», como nuestra Madre Santa Teresa, y rogar por todas las intenciones del Vicario de Jesucristo. Esto es el fin principal de mi vida.

38. Si mis queridos hermanitos hubiesen vivido, me hubiera interesado con toda el alma en sus obras, sin descuidar por ello los grandes intereses de la Iglesia, que abarcan al universo entero. Pues de la misma manera quedo particularmente unida a los nuevos hermanos que Jesús me ha dado. Todo cuanto me pertenece, les pertenece a cada uno de ellos, puesto que Dios es demasiado bueno, demasiado generoso para hacer particiones; es tan rico, que da sin necesidades.

Desde que tengo dos hermanos y mis hermanitas las novicias, me sería imposible enumerar las necesidades de cada alma; no me bastaría el día para eso, y temería olvidarme de alguna cosa importante. Las almas sencillas no necesitan medios complicados, y como yo soy de ese número, me ha inspirado Nuestro Señor una manera muy sencilla de cumplir mis compromisos.

* * *

39. Cierta día, después de la Sagrada Comunión, me dio a entender estas palabras del Cantar de los Cantares: *Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus aromas.* Por tanto, Jesús mío, no me es menester que digamos: ¡Atrae también junto conmigo a las almas que amo! Basta esta sencilla palabra: *Atráeme.* Sí, cuando un alma se ha

dejado cautivar por el olor embriagador de vuestro aroma, no puedo correr sola, sino que son arrastradas en pos de ella todas las almas que ama; esto es consecuencia natural de su atracción hacia Vos.

Así como un torrente arrastra consigo a las profundidades del mar todo cuanto encuentra a su paso, del mismo modo, ¡oh, Jesús!, el alma que se pierde en el océano sin límites de vuestro amor, atrae en pos de sí todos sus tesoros. Vos sabéis, Señor, que mis tesoros son las almas que os plugo unir a la mía; Vos mismo me encomendásteis estos tesoros; así es que me atrevo a servirme de las propias palabras que pronunciásteis en la última noche que os vio la tierra como viajero y como mortal.

40. ¡Jesús, Amado mío! ¡No sé qué día terminará mi destierro!... Todavía cantaré, tal vez más de una noche, vuestras misericordias en la tierra; pero sin duda me llegará también la última noche... y entonces quiero poder decirlos:

Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que diste a hacer. He manifestado tu nombre a los que me diste. Tuyos eran y me los diste a mí. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son, porque les he dado las palabras que me diste; y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que tú me enviaste. Yo ruego por éstos que me diste, porque tuyos son. Yo ya no estoy en el mundo, mas éstos están todavía en el mundo, y yo voy a ti. Guárdalos a causa de tu Nombre.

Ahora voy a ti, y, para que tengan gozo cumplido en sí mismos, digo esto ahora que estoy en el mundo... No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo.

Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en ti por la palabra de ellos.

Dios mío, quiero que aquéllos que tú me diste estén conmigo en donde yo estaré... y que conozca el mundo

que los ha amado como también me amaste a mí.

¡Sí, Dios mío, esto es lo quisiera repetir con Vos antes de volar a vuestros brazos! Tal vez es temeridad por mi parte; pero no... ¿no hace mucho tiempo que me habéis permitido ser audaz con Vos? Como el padre del hijo pródigo a su hijo mayor, me habéis dicho: *Todo lo mío es tuyo*. Por tanto, vuestras palabras son mías, Jesús mío; puedo valerme de ellas para atraer los favores del Padre celestial sobre las almas que me pertenecen.

41. Vos sabéis, Dios mío, que nunca he tenido otro deseo que el de amaros únicamente, que no ambiciono otra gloria. Desde mi tierna infancia me salió al encuentro vuestro amor, ha crecido conmigo y ha llegado a ser un abismo de insondable profundidad.

El amor atrae al amor; el mío se lanza hacia Vos, anhelando colmar el abismo que le atrae. Mas, ¡ay!, es más pequeño que la gota de rocío perdida en el Océano. Para amaros como Vos me amáis, es preciso acudir a vuestro propio amor; sólo entonces encuentra descanso mi alma. ¡Oh, Jesús mío! me parece que no podéis prodigar mayor amor a un alma del que habéis prodigado a la mía; por eso me atrevo a pedir *que améis a las que me habéis dado, como me habéis amado a mí misma*.

Si algún día descubro en el cielo que las amáis más que a mí, me regocijaré, pues reconozco ya desde este mundo que merecen esas almas vuestro amor más que la mía; pero aquí abajo no puede concebir mi inteligencia mayor inmensidad de amor que aquel con que os habéis dignado favorecerme, sin mérito alguno de mi parte.

* * *

42. Me sorprende, Madre mía, haber escrito todo esto; no era tal mi intención.

Al citar este pasaje del Santo Evangelio: *Les he dado las palabras que tú me diste*, no me refería a mis hermanos, sino a mis hermanitas las novicias, pues no me con-